

## Anna

*La benevolencia sola no hace a un maestro, tampoco lo hará que aprenda solo. El don de la enseñanza es un talento peculiar e implica la necesidad y el deseo en el mismo maestro.*

John Jay Chapman

Anna entró en mi vida un hermoso día de otoño a finales de agosto, detrás de su hijo, mi nuevo alumno de quinto grado, William. Medía casi un metro ochenta, con llamativos ojos verdes, el rostro lleno de pecas enmarcado por un cabello cobrizo profundo. Reservada, a la manera de los nativos del norte de Nuevo México nacidos en pequeños pueblos montañosos, se presentó a sí misma y a su hijo con el musical acento chicano. Ambos sonreían tímidamente.

Luego de un breve período de conocimiento, le pregunté:

—¿Te gustaría ayudar en el aula? Lo que más ayudaría es tomar un día al mes para calificar un conjunto de evaluaciones de ortografía y matemática.

—No era muy buena en la escuela —dijo en un suspiro—. Sólo llegué hasta octavo grado.

—Oh, no hay problema —le respondí—. Te ayudaré. Estuvo de acuerdo y programamos el primer jueves de cada mes, comenzamos en septiembre.

—¡Sra. Bucher? —preguntó Anna por teléfono el primer jueves—. No sé cómo calificar estas evaluaciones.

—Iré para allí —le dije.

La encontré en su pequeño, immaculado departamento, completamente enterrada por las carpetas de trabajo de los niños. Las hojas con respuestas estaban esparcidas por todos lados. William estaba de pie, apoyado sobre su hombro, evidentemente avergonzado de que su madre no pudiera ayudar a la maestra. Era muy claro que ella estaba aterrorizada por la tarea.

—Sabes, Anna —comencé—, cuando estaba en quinto grado no entendía para nada la matemática. Mi miedo bajó la persiana sobre el resto de mi vida durante los siguientes catorce años. Pensé que era una estúpida porque no podía realizar correctamente la multiplicación, o saber las respuestas a los problemas de narrativa. Tuve que enseñar en quinto grado y aprender mis lecciones todas las noches para solucionar mi miedo.

Ambas sonreímos. Anna relajó sus encorvados hombros.

—Así es como calificas las evaluaciones...  
Eso inició la primera de muchas lecciones con Anna. Era abierta, entusiasta y una apasionada oyente. Pasó con rapidez la calificación de evaluaciones y se presentó en la puerta de mi aula después de la clase para preguntarme si necesitaba ayuda para calificar los recuperatorios de matemática. ¡Casi la besé! Cualquiera que en nuestra clase obtuviera menos de un 75 por ciento debía realizar un recuperatorio o, algunas veces, un re-re-recuperatorio. Eso significaba doble, triple y cuádruple calificación de evaluaciones para estar seguros de que la lección se había aprendido. Anna demostró ser no sólo una fiable evaluadora, sino estricta. Marcaba con una cruz roja cada decimal omitido, símbolo de operaciones y de dólar, cada palabra omitida en un problema de narrativa y marcaba aquellas evaluaciones de matemática con más rigor y perfección. Calculaba mentalmente la calificación apropiada, nunca necesitaba utilizar la tabla de calificaciones que se compra en los comercios. Cada niño sabía que

cuando venía Anna, o el bolso de calificaciones se iba a casa, era mejor que tuvieran cuidado con sus "p" y "q" o sufrían la calificación por debajo del límite de recupearatorio.

Anna comenzó a mirar más directamente al mundo, se paraba con orgullo, hablaba con su tranquila reserva, pero había determinación, un propósito, que se filtraba a través de sus palabras.

Recibí una llamada en febrero de ese año.  
—Sra. Bucher —comenzó con seguridad—. Quiero ayudar a William con su proyecto colonial. Pero hoy fui a la biblioteca con él y no sé cómo encontrar los libros.

El día siguiente era sábado e hicimos una cita para encontrarnos. Le enseñé cómo utilizar un catálogo de fichas, la búsqueda con computadora y le mostré la planificación numérica que catalogaba los libros. Finalmente, la presenté a la persona de informes en el escritorio.

"Dios la envió —dijo Anna con reverencia y creencia totales—. Gracias, mi maestra".

Sostenida por su propósito colocó su mano sobre el hombro de William y se dirigió a las estanterías. A la hora de la cena recibí otra llamada.

—¿Sra. Bucher? —comenzó—. William y yo fuimos a tres librerías más y nadie sabe nada sobre el orfebre Paul Rivera.

¡Reí tan fuerte! Era uno de esos maravillosos regalos eternos que obtienen los educadores, relacionándolos con un rostro, un corazón deseoso, un espíritu atento. Ella también se rio cuando se lo expliqué.

Por supuesto que dominó el sistema de las bibliotecas con rapidez y la maquetación terminada de William era una pequeña jaula de cartón repleta de cántaros, platos, utensilios de plata y candelabros hechos de láminas de aluminio. Y Paul Rivera era una figura de madera tallada a mano, vestida a la moda de la época, trabajando sobre una mesa. William había mantenido las raíces de su tradi-

ción como escultor. Entre los primeros colonos de Nuevo México había maestros artesanos profundamente religiosos que tallaban santos. El tallado de William era hermoso, igual que su informe y la presentación oral. Conoció su orfebrería y agregó algo sobre los artesanos del norte de Nuevo México, de su familia. Anna se ocupó de ello.

Lo último que supe fue que ella estaba terminando su educación secundaria, con planes de convertirse en maestra de quinto grado. Conociendo a Anna, lo hará, y el mundo tendrá una maravillosa educadora más, que califica matemática con severidad.

Isabel Bearman Bucher